

El pozo de los deseos

Un relato de William C. Gordon



Era un lunes en el 3333 de 1/3 First Street en Boyle Heights, parte del barrio mexicano de Los Ángeles Este donde él, su madre y sus dos hermanos se habían mudado después de la reciente muerte de su padre. Charles tenía seis años y empezaba primero de primaria. Anduvo las seis manzanas hasta el colegio Belvedere, en Rowan Avenue, cerca de la iglesia católica de Nuestra Señora de Lourdes en Third Street. Se instaló en la clase de primero, de la que era el único *gringo*. El resto eran todos niños mexicanos, y la mayoría de ellos no hablaba inglés. A la profesora, la señora Dunbar, le gustó Charles, y él estaba convencido de que era la mujer más guapa del mundo, con permiso de las estrellas de cine.

Era el primer día en su nuevo colegio, poco después de la muerte de su padre. Se sentía incómodo y observado por el resto de niños, unos años mayores de lo que uno esperaría para

un niño de primaria. Era obvio que Charles no les gustaba. Cuando sonó el timbre al final de las clases, Charles salió a Rowan Avenue, donde cinco chicos de su clase se enfrentaron con él.

—¿Qué chingada estás haciendo aquí, gringo?

Charles no lo dudó, se fue tan rápido como pudo hacia la iglesia, al final de Rowan Avenue con Third Street.

Era un enorme edificio con un campanario muy alto, muchas filas de bancos y un altar impactante. Una imponente estatua de Jesucristo sobre el altar apuntaba al cielo y, detrás de ella, unos vitrales de colores filtraban la luz que entraba en la iglesia.

Corrió por el pasillo de la iglesia vacía observando de reojo los diferentes cuadros de santos que colgaban de las paredes a ambos lados del edificio. Cuando llegó al altar y vio que no salía nadie de la sacristía, todavía se asustó más. Los cinco chicos se le acercaron y empezaron a empujarle y a pegarle gritando a pleno pulmón:

—¡Gringo, salado, hijo de puta y changa tu madre!

—¡Dios, ayúdame! —suplicó.

Pero no hubo respuesta del más allá. Después de apalearlo, los chicos huyeron por la puerta principal y lo dejaron tirado en frente del altar, lleno de moratones, con la nariz sangrando y llorando.

Pasados unos minutos se levantó, se secó las lágrimas y se limpió la sangre de la cara con la camiseta interior. Tambaleándose, se dirigió hasta el primer banco, en el que se sentó con la cabeza apoyada entre las manos. Necesitaba un plan para que esa escena no se volviese a repetir.

Esa noche se fue a dormir sin cenar, deprimido y con el estómago revuelto. Durante la noche tuvo pesadillas en las que estaba solo y una marabunta lo perseguía. Cuando se despertó estaba completamente empapado en sudor. Todavía no lo sabía, pero ese sueño lo acompañaría el resto de su vida, así como otro en el que su padre moría.

Después de desayunar con su madre y sus hermanos, cogió un sándwich de jamón y queso y una manzana, y se fue a la escuela. De camino se dio cuenta de que había una biblioteca en una calle cercana. Empezó entonces a planear una estrategia para evitar otra paliza a manos de los canallas. Para cuando llegó al teatro Unique, donde cada domingo mendigaba quince céntimos para pagarse la entrada y ver las películas mexicanas que allí pasaban, ya había concluido su plan. Cruzó Rowan Avenue y se fue a clase.

Cuando sonó el timbre que indicaba el final de las clases, salió por la puerta que daba a Rowan Avenue y empezó a correr hacia la biblioteca con el mismo grupo de chicos pisándole los talones. Entró en el edificio sin aliento. Los chicos que le perseguían gritaban como el día anterior, pero esta vez estuvo a salvo.

Nunca había estado en una biblioteca, tuvo la sensación de alivio: lo había salvado de una paliza segura. Estaba todo en silencio y repleto de libros. Miró a su alrededor y, como no sabía leer, se le ocurrió preguntar por la sección infantil. Lo acompañaron y una vez allí le preguntó a la bibliotecaria:

—¿Cómo puedo aprender a leer yo solo?

Charles se dio cuenta de que la mujer se había quedado impresionada. Le dio un libro con el abecedario inglés. La bibliotecaria se apellidaba García.

—¿Ves las letras en la cubierta del libro? Son las tres primeras del abecedario. Las palabras se forman combinando letras. Si reconoces los sonidos de las letras tú también podrás crear palabras. Como te veo tan interesado te ayudaré con el abecedario. Después tú mismo podrás convertir esos sonidos en palabras y pronto estarás leyendo. Hay veintiséis letras en total y tienes que saber cómo suena cada una de ellas.

Mientras estuvo en la biblioteca aprovechó al máximo la ayuda que le ofreció la señora García, quien le pronunció cada letra del abecedario, de la A a la Z. En poco tiempo ya podía unirlos. Poco a poco fue aprendiendo y casi sin darse cuenta fue capaz de leer libros. Un mundo mágico se abrió ante él y los espíritus de los libros empezaron a susurrarle al oído.

Buscaba libros fáciles sobre el presidente Washington y sobre Daniel Webster. Le atraían figuras masculinas que habían causado impresión en el mundo por su determinación.

Nunca olvidó las voces de los libros que leía y desde entonces siempre disfrutó de su compañía. Leía cualquier cosa que caía en sus manos.

Los canallas persecutores pronto se cansaron y Charles no tuvo que volver a esconderse en la biblioteca nunca más. Pudo ir andando tranquilamente al colegio el resto del año.

**

**

**

Eran las seis y media de la mañana de un sábado en el 3333 de 1/3 First Street del Este. Era el segundo año que su familia vivía allí desde la muerte de su padre. El niño tenía siete años y un nuevo trabajo. Charles guardaba sus trapos, su betún marrón y negro junto con dos cepillos en la caja de limpiabotas. Se había pasado varios días montándola con una sierra robada de St. Vincent De Paul y los restos de madera que había cogido de un almacén en Lorena con First Street, justo en frente del cementerio público del condado de Los Ángeles para indigentes. Estaba tan orgulloso de su creación como podía estarlo cualquier niño de siete años. Le pareció una caja muy elegante.

Desayunó cereales con un poco de leche y una tostada con margarina (eran tiempos de guerra y no había mantequilla) y mermelada que venía en el paquete que les entregaba la asistencia social del condado. Después, le cogió dos monedas de diez céntimos a su madre y anduvo hasta la parada del tranvía que estaba a media manzana de su casa. Esperó a que la señal de madera apareciese y le diera permiso para cruzar al otro lado de Indiana Street, donde cogería el tranvía que lo llevaría al centro.

En el tranvía se entretuvo examinando los asientos en busca de algún tesoro que alguien se hubiese podido dejar. Una vez, se había encontrado una caja con seis lápices de colores.

Esta vez se encontró una novela de misterio de diez céntimos en uno de los asientos del final. Era su día de suerte. Abrió la caja y metió la novela para poder leerla más adelante si no tenía mucho trabajo en Main Street. Se bajó del tranvía en frente del ayuntamiento. Había elegido Main Street porque era la calle céntrica más concurrida cerca de Broadway. El hecho de que estuviese en los barrios bajos rodeado de borrachos y vagabundos no le llamó la atención porque lo que veía él era una calle llena de gente, y eso era lo importante. Más tarde se dio cuenta de que no era el lugar idóneo para empezar su carrera profesional o, al menos, para conseguir el mayor beneficio por su trabajo.

El primer sábado fue el más duro. Anduvo Main Street hacia el sur. Como eran las siete y media de la mañana, los borrachos aún no se habían despertado del estupor de la noche anterior y el Barber College no había abierto todavía, así que todo estaba muy tranquilo. Solo tenía una moneda de diez céntimos en el bolsillo y era para coger el tranvía de vuelta en caso de no tener suerte como limpiabotas, y por eso no podía comprarse ni tan siquiera un chocolate caliente o un café. Se oían frecuentemente las sirenas de los coches de policía zumban por Main Street para reprimir cualquier altercado calle arriba o para arrestar a algún borracho que pidiese limosna a algún turista perdido por la calle equivocada.

Lentamente, la calle fue cobrando vida y le pareció todo muy interesante. La gente era real y cada persona tenía su propio encanto. Se sentó junto a un hombre que dormía en la acera vestido con un traje de raya diplomática hecho trizas y unos zapatos a la última llenos de arañazos que necesitaban una buena puesta a punto. Por eso lo despertó.

—¿Quiere que le limpie los zapatos, señor? Solo le costará diez céntimos. Si no tiene suficiente le puedo fiar.

El hombre se incorporó. Tenía un rostro bello y el pelo de color gris metal estaba alborotado, pero Charles intuía que tenía cierto refinamiento.

—¿Qué coño haces por aquí, jovencito? Deberías estar en el colegio.

—Es sábado, señor. Hoy no hay colegio.

El señor se rió mientras sacudía la cabeza para aclararse las ideas y despejar los efectos de la botella de Gallo Tokay que asomaba por el bolsillo del traje.

—¿Has dicho que me fiarías? —Se rió—. Esa sí que es buena. ¿Por cuánto?

—El pulido solo cuesta diez céntimos. Si nos vemos cada sábado para que le cepille los zapatos, puedo darle una línea de crédito.

Entonces el señor soltó una carcajada.

—¿Sabes que es la primera vez que alguien es amable conmigo desde que llegué en autobús desde Kansas City? Tengo veinticinco céntimos en mi bolsillo, ¿tienes cambio?

—Puedo ir a la tienda de la esquina y conseguirlo —le dijo Charles.

—De acuerdo —dijo el señor.

Se sacó los veinticinco céntimos del bolsillo sin dudarlos y se los dio al chico.

—Cualquiera diría que estoy loco dándole veinticinco céntimos a un limpiabotas que no conozco en los barrios bajos, pero parece honrado.

—Dejaré la caja aquí como señal.

El chico cogió los veinticinco céntimos y se dirigió a la tienducha de la esquina, consiguió cambio y se lo devolvió al señor, que para entonces estaba de pie e intentaba parecer presentable.

—Lleva un traje muy bonito —dijo Charles.

—Ha visto días mejores, lo sé. Pero cuando en su día me lo hicieron a medida me salió muy caro.

—¿Qué hace aquí, en la soleada California? —le preguntó Charles.

—Estoy seguro de que no sabes esto, jovencito, pero en el resto del país, cuando la mala suerte te golpea y tu vida se desmorona, tiras hacia el oeste. Esto es lo más al oeste que uno puede llegar, por eso estoy aquí. Mi vida se fue a la mierda en Kansas City y mi mujer me dejó. Dijo que bebía demasiado.

— Lo siento —dijo el chico—. Ponga el pie derecho sobre la caja y ya verá lo bonito que le dejo el zapato.

El señor le obedeció y Charles tuvo su primer cliente. Necesitó una media hora para limpiarle los dos zapatos y, para entonces, sabía ya muchas cosas sobre el señor de Kansas City y él sobre Charles.

— ¿Qué haces aquí en Main Street con todos los borrachos? ¿Por qué no vas unas cuantas calles más arriba, pasado Pershing Square, cerca del hotel Biltmore? Tendrías mejores clientes y podrías cobrarles quince céntimos o incluso veinticinco— le dijo el de Kansas City.

—No conozco la zona, tendré que echarle un vistazo más tarde, cuando consiga algo más de dinero.

—También hay una conocida cafetería en Seventh con Broadway, entre aquí y allí, donde el jefe da comidas gratis a los pobres. Deberías echarle un vistazo, tendrías comida gratis los días que trabajes. Asumo que eres pobre, ¿por qué si no estarías en este barrio por diez céntimos el par de zapatos?

—Sin duda, pero no siempre será así —le dijo Charles con una sonrisa.

Cuando terminó se despidieron y el de Kansas City le dijo:

—Nos vemos la semana que viene, si todavía estoy por aquí. Hay algo especial en ti, ¿sabes? Tienes determinación y chispa. Cuando crezcas serás alguien, te lo digo yo, puedo sentirlo con solo hablar contigo.

Charles sonrió y le dio las gracias. Era la primera vez que alguien lo elogiaba desde que su padre enfermó y murió.

Anduvo por Main Street lleno de orgullo, cepillando algún que otro zapato de vez en cuando. Hacia la una del mediodía tenía hambre y, como estaba en Seventh Street, se dirigió hacia Broadway, donde encontró la Cafetería Clifton. Era un edificio de varias plantas, con suelos taraceados y pozos de los deseos llenos de monedas, cuyos letreros invitaban a la gente a contribuir para alimentar a los pobres. Se acercó a la cajera y le dijo:

—Soy uno de esos a los que el letrero se refiere, ¿cómo puedo conseguir algo para comer?

La rolliza cajera lo estudió y vio la chapuza de caja que llevaba, los zapatos *Buster Brown* bien cepillados —imprescindible para vender su producto— y el cinturón demasiado grande para él.

—Ve a coger un plato y vuelve aquí para que vea que lo has llenado de comida.

Cogió una bandeja y pasó por delante de todas las vitrinas llenas de comida. Se sorprendió por la cantidad de comida que había. Le encantaba el pollo frito y había montones delante de él. Como su madre siempre le decía que no se olvidase de comer verde, pasó a la sección de verduras y se puso un montón de espinacas, que le gustaban gracias a Popeye. Vio que había pudding de chocolate y también lo añadió a la bandeja. Entonces volvió con la mujer rolliza y le mostró su bandeja. Ella le sonrió de oreja a oreja.

—Que aproveche jovencito, invita la casa.

—Gracias señora —dijo, y se dirigió hacia una mesa vacía. Se

©WilliamCGordon

sentó en medio de la multitud que cruzaba la planta principal para llegar a la sección de comida. Dio buena cuenta del banquete entero, con el pudding de chocolate como guinda del pastel, y lo bajó todo con un vaso de agua fría. Después se fijó en los diferentes pozos de los deseos que había en el primer piso, en concreto en uno alrededor del cual apenas había gente.

Cuando se fue de la cafetería anduvo por Pershing Square al otro lado de la calle y vio el Biltmore, un elegante hotel en el que solo se hospedaba gente rica. Se fijó en unos cuantos vagabundos que se dirigían rápidamente hacia aquellos clientes que se atrevían a cruzar la plaza para llegar al hotel. El niño sabía que le sería imposible convencerlos de que se quedasen quietos el tiempo suficiente como para limpiarles los zapatos con aquellos indigentes revoloteando a su alrededor.

En la plaza había oradores callejeros hablando encima de cajas de naranjas o de jabón. Eran un tanto particular: a la vez entretenidos e irreverentes. Aunque la Gran Depresión había

terminado dos años atrás, todavía quedaban algunos vestigios. Casi todos iban vestidos con ropa vieja y andrajosa y eran bastante patéticos. De alguna manera, se podría decir que era poético y que los mejores fotógrafos de la época lo habían capturado. Charles escuchaba a la gente hablar con sus diferentes acentos y, aunque hablaban en lo que sonaba como inglés, no eran acentos que le resultaran familiares al joven Charles. Un señor despotricaba y desvariaba acerca de una revelación que tuvo junto a un barril de vino en Cucamonga, donde quiera que eso esté. Otro tenía un bote de café vacío al lado y pedía donaciones para comprarse un billete de autobús a Utah para reunirse con sus diferentes esposas y sus veinticuatro hijos.

Al final, la incomodidad de Charles sacó lo mejor de él. Como no pudo conseguir ningún cliente en esa parte de la ciudad, volvió a Main Street. Se dio cuenta de que allí no pintaba nada, pero estaba seguro de que algún día cruzaría al otro lado de la plaza.

Al final de la tarde había conseguido el objetivo que se había propuesto al principio: ganar un dólar. Decidió entonces volver al Clifton para llevar a cabo una idea que se le había ocurrido mientras estaba allí.

La cafetería todavía estaba llena cuando entró y se mezcló con la muchedumbre alrededor de los pozos de los deseos. Se dirigió hacia la zona a la que había echado el ojo previamente, en la que no había tanta gente. Cuando nadie miraba metió la mano en el pozo, cogió un puñado de monedas y se las metió en el bolsillo. El exceso de agua se le escurrió pierna abajo, el pantalón quedó mojado y dejó un rastro por el suelo como si se hubiese meado, pero cuando estuvo a salvo fuera del edificio, se sintió un poco más rico. Se dirigió hacia la parada del tranvía, en Seventh con Broadway, desde donde volvería a First con Indiana. Cuando se subió al tranvía se fue hacia la parte trasera, se sentó y sacó de la caja la novela que se había encontrado y se puso a leer. No se atrevía a contar el dinero en el tranvía, lo haría cuando estuviese a salvo en casa.

Cuando llegó se sacó las monedas del bolsillo. Tenía en total un dólar de lo que había trabajado y veintidós céntimos adicionales: un extra que sumaba más de un veinte por ciento

de lo ganado en su duro trabajo. Estaba satisfecho y para entonces los pantalones ya se habían secado. Eran pasadas las seis de la tarde y su madre ya había servido la cena en la mesa. Era carne enlatada con patatas fritas y unas hojas de lechuga con aliño de mayonesa y ketchup. Engulló la comida mientras le explicaba a su madre lo que había hecho durante el día, y luego le dio sus ganancias, sin entrar en detalles sobre el beneficio extra que había cogido del pozo de los deseos.

**

**

**

Sus idas y venidas al centro como limpiabotas continuaron todos los sábados. Se pasaba toda la mañana en Main Street, luego hacía una escapada al Clifton a por comida gratis al mediodía y de vuelta a Main Street hasta que conseguía su dólar. Lo más destacable del sábado era su vuelta al Clifton al final de la tarde para conseguir un puñado de dinero extra del pozo de los deseos.

Era su segunda primavera como limpiabotas. Como de costumbre, volvió al Clifton al final de la tarde a por su propina. Después de sacar el puñado de monedas del pozo de los deseos se dirigió hacia la salida, pero un hombre robusto con un acento raro lo cogió por el cuello de la camisa.

—No tan rápido, señorito. ¿Dónde crees que vas?

A Charles le cambió la cara y se puso rojo.

—Yo... acabo de comer y ya me iba.

—A mí no me lo parece. Acabas de coger dinero del pozo de los deseos. Ese dinero es para dar comida a los pobres.

—Bueno, yo soy uno de esos pobres, pero lo cojo yo mismo.

—Las cosas no funcionan así, aunque veo por el color de tus calzoncillos que asoman por encima del pantalón que son de la asistencia social del condado. Así que esto es lo que vamos

a hacer: voy a dejar que te vayas con el dinero que has robado, pero no quiero verte por aquí nunca más, sanguijuela. Si vuelves, que sea para pagar la comida y dejar algo de dinero para los más desafortunados.

—Sí, señor —dijo un avergonzado pero agradecido Charles. No sabía qué decir.

El hombre lo soltó del cuello y lo echó a la calle. Otra vez parecía como si se hubiese meado en los pantalones, aunque esta vez era, en parte, verdad.

**

**

**

El señor de Kansas City tuvo razón. Cuando Charles se hizo mayor, prosperó y se hizo abogado. Había aprendido a sobrevivir en el submundo en el que había crecido y nunca olvidó sus experiencias en el barrio. Más tarde, cuando trabajaba como abogado, las puso en práctica.

Años después, Charles iba conduciendo por Los Ángeles con su amigo y cliente Craig Barron, quien se acababa de mudar a Los Ángeles para trabajar en la industria del cine.

—Me alegra que te hayas mudado, Craig. Ahora por fin obtendrás el reconocimiento y remuneración por todos los años de trabajo en el campo de la animación. Creo que ya sabes que crecí en Boyle Heights, en el East Side de Los Ángeles, y que era limpiabotas en el centro, en Main Street.

—Sí, algo he oído.

Iban por el centro y pasaron por Broadway, por el teatro Million Dollar, el Mercado Central y cuando dejaron atrás el Angel Flight, pasaron por delante de la cafetería Clifton.

—Tengo historias increíbles de ese lugar —comentó Craig—. Me sorprende que todavía esté ahí.

Charles le explicó a su amigo que solía ir allí cada sábado por la tarde para coger unas cuantas monedas de los pozos de los deseos.

—Era propiedad de Clifford Clifton —le dijo Craig—. Era un hombre muy generoso, se aseguraba de proporcionar comida decente a los más desafortunados.

—Lo sé, yo era uno de ellos. —le dijo Charles riéndose.

—Cuando el viejo murió lo compró otro propietario, Andrew Meieran, quien lo restauró manteniendo el estilo del viejo edificio. También mantuvo la filosofía del viejo Clifton. Meieran quería ocuparse de los más desafortunados y a la vez aplicar su visión empresarial. Ahora dona el dinero que proviene de los pozos de los deseos a una organización que proporciona rehabilitación y trabajo a los más desafortunados. Tengo algunas fotos de los pozos que te enviaré.

—Me encantaría. Me fui de Los Ángeles a un sitio más seguro en 1947. Cuando me gradué en el instituto, fui a Berkeley y después al ejército y a la facultad de derecho. Cuando me gradué en Derecho me dio la sensación de estar muy lejos de la vida de gueto que viví aquí en East First Street, pero nunca olvidé lo que me dijo el señor de Kansas City. Por cierto, hablando de Clifton, se me acaba de ocurrir una idea. Si tienes algún contacto con el propietario actual dile que, como limpiabotas, solía coger unas monedas cada sábado de los cubos y que me gustaría devolverlo y hacer una donación de mil dólares en monedas para los pozos de los deseos, para compensar por mis actos pasados.

Craig sonrió.

—Me pondré en contacto con su gente y te diré algo tan pronto como sea posible.

El asunto estuvo en el aire durante dos semanas, hasta que Charles recibió la llamada de su amigo y cliente Craig Barron.

—Andrew está muy ilusionado con la idea. Me ha preguntado si te importaría que haya prensa en el evento.

—¡Por supuesto que no, me parece perfecto! No hay nada como buena publicidad. Además, el delito ya ha prescrito —dijo Charles entre risas.

—De acuerdo, dime qué días podrías venir a Los Ángeles y yo me encargo de todo.

En una semana ya se había establecido la fecha para la donación. Charles haría una contribución al pozo de los deseos de Clifton. Estaba contento de poder compensar sus actos del pasado, pero de pronto le entraron dudas: ¿Qué efectos tendría una confesión así en su exitosa carrera? ¿Les gustaría a sus clientes más pudientes ese tipo de publicidad?

Según se acercaba la fecha hizo planes para volar a Los Ángeles. Una vez allí, contactó con su banco para recoger mil dólares en monedas. Cuando el empleado las trajo en un carro, Charles se dio cuenta de que pesaban tanto que no se las podría llevar. Le dijo al empleado que volvería con un carrito. Se fue al hotel y volvió con una maleta para llevarse las monedas. El empleado del banco la llenó y, como no pudo levantarla para meterla en el coche que había alquilado, los trabajadores del banco tuvieron que ayudarlo a ponerla en el suelo del asiento delantero. Cuando volvió al hotel, el portero la bajó del coche y la subió a su habitación, donde se dijo Charles que estaría a salvo.

Al día siguiente las monedas tuvieron que ser cargadas en el mismo sitio que el día anterior. Una vez dentro del coche, Charles condujo hasta el centro de Los Ángeles para dirigirse a la cafetería. En la entrada lo esperaba el hombre encargado de las relaciones públicas del Clifton. Faltaba poco para que la cafetería abriese en su horario normal de un sábado y había una larga cola de gente esperando para entrar. Se retrasaron porque el encargado de traer el cambio de las cajas registradoras todavía no había llegado. El propietario árabe de la tienda de al lado, en Broadway, estaba furioso y pedía hablar con el encargado de la cafetería porque la cola bloqueaba la entrada a su establecimiento.

Charles le preguntó al relaciones públicas:

—¿A cuántas personas servís al día?

—Normalmente entre unas seis y siete mil.

—Estás de broma, ¿no?

—No, el edificio tiene varias plantas. ¿Ves esa secuoya? Llega hasta arriba del todo.

Creció aquí dentro y puede aguantar a los acróbatas que se columpian en sus ramas más altas.

—Increíble —dijo Charles—. No recuerdo haberla visto cuando era pequeño.

—El jefe quiere conocerte, llegará al mediodía. Mientras tanto, ¿hay algo que podamos hacer por ti?

—Gracias, necesito que alguien saque la maleta con el dinero del coche, lo tengo aparcado en la acera. Yo solo no puedo levantarla.

—Ningún problema. Gus, ves con Joey y ayuda a este señor con la maleta que está en su coche. Cuando la saques llévala a mi oficina en el segundo piso.

Se giró hacia Charles.

—¿Quieres que saquemos nosotros las monedas o quieres hacerlo tú mismo?

—No, está bien. Será de gran ayuda. Iré a aparcar el coche y me pondré cómodo. Nos vemos aquí en unos quince minutos.

Los empleados entraron la maleta en el ascensor y desaparecieron. Charles aparcó el coche en el garaje al otro lado de la calle mientras pensaba qué poco había cambiado el centro de Los Ángeles en los años que habían pasado.

Cuando volvió, se sentó con el relaciones públicas y tomaron un café.

—¿De dónde vienen tus empleados? —le preguntó.

—De la organización que recibe el dinero de los pozos de los deseos.

—Ah, no me había dado cuenta. Cuando mi amigo me envió la foto estaban vacíos, por eso se me ocurrió donar el dinero. ¿Entonces dices que el dinero que recogéis de los pozos lo dais a una organización diariamente?

—Sí, con ese dinero financiamos el programa y damos comida y refugio a las personas que están en rehabilitación e intentan recuperar sus vidas. Además, como todos nuestros empleados provienen de la organización, participamos activamente en su rehabilitación. Funciona de maravilla.

—Más razones para donar dinero —dijo Charles—. ¿Cuánta gente me habías dicho que pasa por aquí cada día?

—Aproximadamente unos seis mil.

—Por eso vuestro vecino está tan enfadado.

—Intentamos que esté contento. Solo le bloquea la entrada cuando la gente hace cola por la mañana, pero después avanza bastante rápido. Sáltate la cola y cógete algo para comer, cuando lleguen el jefe y los invitados empezaremos el evento.

Charles se llenó el plato de comida y se volvió a sentar con el relaciones públicas para recordar viejos tiempos. La comida estaba buena, fresca y a un precio más que razonable. Cuando terminaron, charlaron sobre la cafetería en los cuarenta y sobre cómo al señor Clifton se le ocurrió la idea de dar comida a aquellos que no se lo podían permitir después de la Gran Depresión.

Era la una del mediodía, todos los invitados habían llegado y el propietario, Andrew Meieran, ya estaba allí para presidir la ceremonia. Presentó a los hombres importantes que dirigían la organización e hizo un breve resumen de la historia que unía a Charles con la cafetería Clifton. Acto seguido, sus empleados trajeron los mil dólares en monedas amontonadas en recipientes que normalmente se utilizaban para recoger platos sucios. Charles cogió dos puñados y los tiró en el pozo de los deseos que tenía en frente entre los aplausos de los invitados. Justo cuando estaba a punto de decir unas palabras aparecieron dos hombres trajeados, mostraron sus identificaciones del FBI y se dirigieron directamente hacia Charles.

—Sr. Reeves, queda usted detenido por blanqueo de dinero.

Le leyeron sus derechos, lo esposaron y se lo llevaron del Clifton. El público se quedó sin palabras. Los empleados de la cafetería se llevaron el resto del dinero para darlo a la organización antes de que los agentes del FBI se lo llevaran.